

## VII.

## PARA QUÉ?

La condesa de Enraygues habia caido desde los brazos de Octavio á los del príncipe Azul. Sentia que su primer amante ya no la queria; creia hallar los mismos imprevistos encantos en el amor de otro. Pero cuando se ha cenado en la mesa de Lúculo la cena de Marcelo no satisface. Cuando se deja Nápoles y se aborda en Liorna, nadie cree hallarse en el Paraiso. El príncipe era un hombre de talento; pero al fin y al cabo era un hombre. Parisis tenia algo de Dios y del diablo. Por otra parte el príncipe cometió la locura de enamorarse locamente; se arrastraba á los piés de Aliza como un esclavo, como un perro; siempre le cantaba la misma cancion. A una mujer romántica cual ella la era indispensable un alma superior.

La buscó en todas partes sin hallarla. En vano se dejó ver en el medio mundo, en el mundo de los cómicos, en vano intentó aparejarse con uno de esos hombres á la moda que vuelven locas las mujeres.

Siempre halló la nada del talento y la nada de la pasion.

—Ah! exclamó un dia llorando con abundancia: Parisis ó la muerte.

Escribió á Octavio que le aguardaba. Octavio no fué y la respondió con esta sencilla frase:

*Para qué?*

Para qué!

En efecto el sueño estaba desvanecido: habian leído juntos la primera y la última palabra del libro.

Para qué?

En aquel dia la condesa entró en una iglesia y oró largo tiempo.

Por la noche quiso entrar en un convento.

—Para qué? repitió; Octavio me ocultará Dios.

## VIII.

### LA CASA.

La señora de Entraygues, habia, pues, querido reposar su cabeza en el mármol del altar, pero en vano se habia golpeado la frente en la iglesia de los tres conventos que habia visitado y donde no habia logrado desterrarse del mundo. Una insaciable curiosidad la echaba fuera de aquellos santos refugios, la fiebre de vivir le privaba de tranquilizar su corazón en la soledad y el silencio. Si Violeta hubiese continuado en Pernand, quizá hubiese ido á vivir con ella, quizá se hubiese encadenado, sin gran violencia, en aquella amistad tan dulce y tan suave. Aquella naturaleza ardiente odiaba los deberes del gran mundo lo mismo que las licencias del medio mundo y necesitaba un corazón valiente que la amara siempre.

Era de esas mujeres que no pueden vivir refugiadas en sí mismas, en el horizonte de su alma; naturaleza expansiva y de fuego corria siempre tras de las aventuras, buscando el amor sin encontrarlo, porque llevaba consigo un ideal irrealizable.

Antes de pertenecer al duque de Parisis habia lu-

chado valientemente contra todas las tentaciones. Ya se ha visto que el verdadero culpable era su esposo. Si el señor de Entraygues se hubiese mostrado mas digno de aquella mujer romántica, hubiese doblado el cabo de las tempestades sin hacer traicion á aquel himeneo al cual su mujer habia traído todas las ilusiones y todas las gracias de los veinte años.

Mas Parisis habia pasado por allí.

La jóven habia amado á Parisis con toda su alma y nunca habia cesado de amarle; mas no pertenecia al destino de Octavio el ser feliz con una mujer fuese esta quien fuese. Desgranaba el amor como un niño desgrana su pan á los pájaros.

En vano la señora de Entraygues habia caído desde los brazos de Parisis á los del príncipe azul para caer al siguiente dia en otro amor, para dar luego otra caída mas profunda: nada habia podido arrancarla su amor al primer amor. Se habia divertido con los golpes de dado de lo imprevisto; habia comprometido mas y mas lo que aun la quedaba de dignidad y nobleza; despues de haber sufrido el desprecio de todo el mundo se despreciaba á sí misma.

Nada le quedaba ni siquiera Dios. Cuando se da la vida el primero que llega se aleja uno de Dios por respeto á Dios, si es que no se le ha olvidado.

Ni tan solo le quedaba su familia, puesto que habia concluido por indisponerse con su abuela y las hermanas de su madre. Una de sus tias habia ido á Paris con objeto de arrancarla á sus locuras: la habia

dirigido severos reproches y la condesa se sublevó contra ella para siempre. «Decid á mi abuela, exclamó, que no sufriré jamás tales reproches; puede desheredarme, pero jamás me obligará á humillarme ante vos.»

Su abuela, sin embargo, no la habia desheredado; pero las tias lo arreglaron tan bien, gracias á los cargos que hicieron á la condesa que no la tocó casi nada porque la fortuna consistia en tierras inagenables.

Aliza no habia visto á su esposo que vivia en el Pointon de una rentista perteneciente á su familia: se habia convertido en pescador de caña, sin echar de menos una juventud infecunda, en la que, verificado el balance, habia tenido mas disgustos que placeres.

Aunque la señora de Entraygues tuviese fama por la frescura de su tez, la redondez de sus fornidos hombros, y el brillo de sus hermosos ojos, concluyó por caer enferma.

Cayó enferma porque su alma estaba enferma.

Habia querido jugar de un modo que desafiaba su fortuna: habia disipado aquella salud preciosa que envidiaban todas las mujeres que hacen su entrada en el mundo, con una juventud ya gastada.

Aliza, desde hacia algun tiempo, vivia en el boulevard Malesherbes: su cuarto bastante reducido, no traia á la memoria el lujo de su palacio situado en la avenida de la Reina Hortensia. Así es, que no le gus-

taba permanecer en casa. Se levantaba tarde y almorzaba en la cama; iba á su salon y allí recibia algunos hombres atormentando su piano, como para atenuar las muchas torpezas que soltaban. Rara vez comia en casa; volvia á ella muy tarde recorriendo los teatros, y cenando fuera de cuando en cuando: sucedia en ciertas noches que no se acostaba, lo cual no escandalizaba á nadie, escepto á ella misma, pues habia guardado, sin quererlo, cierto reflejo de dignidad.

Cierta mañana en que no habia vuelto á su casa, por mas que se sintiese muy enferma, cruzó por la avenida de la Reina Hortensia, para atravesar el parque de Monceaux. Cuando pasaba por allí, miraba naturalmente la fachada de su antigua casa, que parecia tambien mirarla con una expresion por un lado triste y por otro severo.

En aquel dia observó en él dos carteles: la casa estaba de venta.

Terminada la causa sobre separacion de bienes, los acreedores, de comun acuerdo, habian vendido el palacio con sus muebles á un indiano recién casado, el cual queria instalar allí su dicha conyugal. Mas parecia que la dicha conyugal, no queria alojarse en el palacio: el indiano se vió precisado á emprender un viaje á Nueva York, y dejó á su mujer, que tampoco era amiga de la soledad.

Quando volvió de América, la mujer habia desaparecido. Esta desaparicion romántica hubo de

meter mucho ruido: el americano buscaba aun su mujer.

He aquí porque la casa estaba de venta; pero se debía comenzar por vender los muebles.

La señora de Entraygues, despues de haber leído rápidamente los carteles, franqueó su dintel apresuradamente.

Tenia miedo de ser reconocida: ignoraba que Paris lo olvida y lo renueva todo en menos de dos años. El torrente que pasa hoy se lleva los átomos de ayer. No se vive al dia, se vive á la hora.

No fué reconocida en la casa.

Tampoco se reconoció ella en ella. Era efectivamente la señora de Entraygues, la mujer que subia la escalera? Era aquella jóven envidiada de Paris por la cual piafaban en el pátio hermosos caballos ingleses? Entonces tenia su parte de reinado en el mundo. Quien era aquella mujer que en aquel instante subia la escalera?

—A donde vais, señora? le preguntó una voz ágría.

A donde vais señora? Lo sabia ella acaso? Comprendió entonces que no subia la escalera de su casa.

—Voy á ver los muebles porque quiero comprarlos.

—No se enseñan hasta las doce.

La condesa siguió adelante.

Pobre mujer! cada paso que daba le arrojaba en brazos de Octavio. Al apoyarse en la barandilla re-

cordó la primera noche en que aguardaba á Parisis vestida con aquel traje, blanco, ideal y negligente. Recordó la manera con que el jóven la llevó en frente de la chimenea que chisporroteaba alegremente en su cuarto. La novela de aquella noche, ó, mejor dicho, su recuerdo, llenaba aun su alma: su ilusion fué grande al ver su cámará tal como la habia dejado. El mismo lecho, el mismo confidente, el mismo reloj, los mismos jarrones. Pero en los jarrones no habia flores.

—Ay! exclamó la condesa, yo tambien he cambiado mis flores naturales por flores artificiales.

La americana, por decirlo así, no habia hecho mas que cruzar aquella cámará. Ya se sabe por otra parte que las extranjeras aceptan con gusto las formas y las modas así del interior como del exterior. Viven por espacio de un año en un cuarto que otro arregló á su gusto: cuando se ván, todo queda en su puesto: tal es la fuerza con que la Francia impone sus costumbres.

Despues de aquellas sonrientes imágenes que arancaron dos lágrimas á los ojos de la señora de Entraygues, otras imágenes mas sérias hubieron de llamar su atencion. Parecióla que las figuras del Deber y de la Virtud miraban tristemente aquella casa. Recordó todos sus estravíos; pensó en todas sus ruinas, ruinas del corazon, ruinas de la juventud, ruinas de la fortuna. Cayó sobre un sofá murmurando:

—Quiero morir!

Y luego, contemplando su lecho, añadió:

—Quiero morir aquí.

Esto era muy fácil de decir; pero como podía morir en aquella casa que no era suya y en aquel lecho que iba á ser vendido?

Salió apresuradamente y se dirigió á la calle de Castiglione, á casa del notario encargado de vender aquella casa.

Con lo poco que le quedaba de la herencia de su abuela le era imposible vivir en ella; mas como solo deseaba morir, no habia que hacer muchos cálculos. El notario pidió por el palacio diez y ocho mil francos al año: no regateó y dijo que firmaría el contrato en seguida. Se fué luego á ver un comerciante en muebles y le dijo que comprase á cualquier precio todos los que habia en el dormitorio, en el cuarto de labores y en el gabinete de tocador.

Era en invierno y no costaron muy caros.

Al siguiente día, mientras los vendedores se llevaban su botín, la señora de Entraygues, acompañada de su doncella—su antigua doncella que habia vuelto á tomar—entraba en el palacio que ella habia adornado con sus manos y sobre todo con su gracia. El conserje, que la aguardaba, habia borrado apresuradamente las huellas que habia dejado la subasta de los otros muebles; mas no pudo borrar cierto aire de tristeza y de desolacion que se observaba en el puesto que aquellos ocupaban.

La señora de Entraygues no pudo menos que re-

correr con una palmatoria en la mano aquellos hermosos salones despoblados como por una mano enemiga. Esperimentó cierto bien estar al penetrar en su cuarto que habia cerrado á los curiosos, y donde todo estaba en órden. Durante el dia su doncella habia ido allí para colocar flores en los jarrones y arreglar la cama. Habia esparcido en el dormitorio los perfumes que gustaban mas á su señora y habia llevado á él algunos libros con frecuencia hojeados, de forma que la señora de Entraygues se convenció de que estaba en su casa.

Respiró y dió un suspiro.

—Por fin, abordé en la orilla! dijo.

Sí, aquello era la orilla. Se habia embarcado durante la borrasca; despues de todas las angustias del naufragio lograba, ya moribunda, llegar á puerto.

Luego que estuvo sola se postró de rodillas y dió gracias á Dios.

—Os agradezco, Dios mio, dijo, el que me permitais morir en mi casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

## IX.

## LA DE ENTRAYGUES.

El señor de Parisis no había visto á la señora de Entraygues desde que se había casado. Algunos días despues de la ceremonia había recibido de ella este billetito escrito en el estilo moderno que ella había adoptado.

«Era necesario.

»Sed feliz: este será el último día hermoso de mi vida.

»Lo mismo dá; casi no llevo á creer que esteis casado.

»Y vos, lo creéis?

»Sí; no es cierto? porque Genoveva es la mujer verdadera.

»Esta flor que os envío es la flor del olvido.

»ALIZA.»

A este billete Octavio había respondido con otro mitad sentimental, mitad burlon, segun su costumbre. Preguntábase alguna vez con melancolía lo que

había sido de ella, puesto que no la encontraba nunca en los salones donde acompañaba su mujer. Ya se sabe que la señora de Entraygues había dejado al jóven un recuerdo muy vivo; no se había eternizado en este amor; pero la condesa no era como aquellas mujeres á quienes se había amado *de pasada*, ó, usando de una frase mas propia, á la moda de Parisis. Aliza se había resistido de un modo encantador; sus alegres conversaciones, cuando se disfrazó de Dama de Espadas; las escenas pintorescas del día en que corrió patines, las íntimas que ocurrieron en la escalera de onyx, la taza de té donde los dos bebieron, su encuentro en el castillo de Parisis, esparcian en los recuerdos de Octavio un embriagador perfume que le hubiese echado facilmente en brazos de su querida.

Siempre que cruzaba la avenida de la Reina Hortensia, hacia como ella: besaba con la mirada la fachada del palacio de Entraygues.

Al siguiente día de su llegada á Paris, cruzaba por allí en coche, acompañado de Genoveva, y observó que había allí carteles: se anunciaba la subasta de los muebles: No observó nada á Genoveva; pero se dijo á sí mismo que no faltaria á la subasta.

Quería comprar la tetera de viejo Sevres que hacia el té tan bueno?

Fué á la subasta desafiando, pues todo lo desafiaba, la malicia de los que podían reconocerle y recordarle la historia del duelo.

Como se vé, un mismo sentimiento habia brotado en su corazon y en el de Aliza: el sentimiento del pasado. Solo que él queria vivir una hora, mientras que ella deseaba morir.

En la subasta se le dijo que los muebles del dormitorio, del cuarto de labores y del gabinete de tocador se habian vendido en un lote. Preguntó por qué, y se le respondió que la señora de Entraygues habia dado órden de comprarlos á cualquier precio. Lo comprendió todo y quiso marcharse; mas á pesar suyo se detuvo allí porque oyó algunas conversaciones donde se contaban sus hechos.

Se contaba su historia y se hablaba de ella como de una mujer cualquiera.

Sintió un gran dolor: nunca habia tomado tan bien el pulso á la opinion pública. Todo el mundo apreciaba á su manera aquella segunda compra de los muebles.

—Se imagina quizá que así compra su virtud perdida.

—Su virtud! Conozco mujeres que la han comprado á mejor precio.

—Parece que esta virtud no costó mucho al señor de Parisis. Dícese que en sus primeras locuras rompieron dos tazas de Sevres que valian dos mil francos; eran dos alhajas de Trianon.

Octavio estaba furioso; mas se contuvo. La conversacion siguió:

—Y qué se ha hecho de esa mujer á la moda?

—Está mas en moda que nunca. No habeis oido hablar de la de Entraygues?

—Ah! es ella?

El que habia dicho «la de Entraygues» era un caballero decente, pero que no pertenecia por completo al gran mundo. Octavio le dijo con cólera:

—Caballero: cuando se habla de una mujer á la cual no se conoce, no se la llama «la de Entraygues.»

El caballero palideció, balbuceó algunas frases y se perdió entre la gente.

Esta indignacion de Octavio cambió visiblemente la opinion pública respecto la condesa, por lo menos hasta el fin de la subasta: nadie se atrevió á hablar de ella con desprecio.

Unicamente los que no conocen las mujeres son los que hablan mal de ellas.

## X.

### LA MUERTE DE UNA PECADORA.

Transcurridos algunos dias, cruzando Octavio la avenida de la Reina Hortensia, despues de haber comido en una de las fondas del parque Monceaux, vió una luz en el dormitorio de la señora de Entraygues. Conocía perfectamente la ventana.

—A que viene esa luz? se preguntó.

No dudaba que la condesa habia vuelto á comprar sus muebles para habitar su palacio.

Llamó.

—Quién vive aquí?

—La señora de Entraygues.

Subió con rapidez la escalera sin que se recobrase de su sorpresa.

La doncella, que acompañaba á un médico, exclamó:

—El señor de Parisis!

Y cuando el médico hubo salido:

—Ah! prosiguió, el verdadero médico sois vos, señor duque.

Y le guió al cuarto de su señora.

Octavio no habia pronunciado una frase y no supo que decir al ver á la señora de Entraygues pálida y acostada en su lecho como en un sepulcro.

Se podia repetir aquello del poeta: «Se escapó de brazos del amor para ir en brazos de la muerte.»

Octavio sintió como un golpe en el corazon. Cogió la mano de Aliza y cayó de rodillas.

—Ah! mi buen amigo, dijo ella, en verdad que no os aguardaba. Creia morir sola como un perro: mas no me quejaba, porque me saciaba en mi dolor como en otro tiempo me saciaba en mi dicha.

La moribunda, pues estaba ya moribunda, se reanimó un poco.

—Dios me perdona, añadió, toda vez que os envia para decirme adios. No me atrevia á esperar esta gracia.

Y despues de un instante de silencio prosiguió:

—Soy muy feliz al veros!

La condesa tenia en la cama, un espejito con marco de plata, que levantó con su mano izquierda: su mano derecha permanecia entre las manos de Octavio.

—No me veis, amigo mio? Y sin embargo vos sois la causa de tal metamórfosis!

—Yo!

—Sí, vos! Dejadme deciros, dejadme creer que vos y no nadie mas, es quien me mata. Creedme, Octavio: dígame lo que se diga, la mujer, cualquiera que sea, vale siempre mucho mas de lo que parece.



La condesa se incorporó sobre su almohada.

—Ya lo veis, mi querido Octavio, cuando una mujer ha caído desde gran altura, puede repetir las frases de Jesús: «Estaré triste hasta que muera.» En vano rie; está herida en el fondo de su corazón.

Apoyó la mano de Octavio contra su pecho.

—Ya lo veis: hace ya mucho tiempo que el miolate con demasiada rapidez; se diría que quiere gastar un año en una hora. Sí herida en el corazón. Todos esas pobres mujeres son demasiado calumniadas, á menos sin embargo....

Miró con amor á Octavio.

—A menos sin embargo de que encuentren un hombre que les proteja en su fragilidad y que las consuele de todo, hasta de su honor perdido.

Octavio se hallaba profundamente impresionado.

La señora de Entraygues que había sido en varias ocasiones mal juzgada, porque daba el espectáculo de una mujer que había abdicado su dignidad, le dominaba desde lo alto de su dolor.

—Es posible, se decía el mancebo, que tan pocos momentos de placer, sean pagados tan caros?

Al verla tan cambiada no volvía de su sorpresa. En algunas semanas de estar enferma, la señora de Entraygues no era la sombra de lo que había sido. El sello de la muerte se hallaba ya impreso en aquel rostro en otro tiempo tan vivo y tan hermoso.

—Alíza! dijo por fin el mancebo, es necesario vivir. Genoveva vendrá á veros y os probará que no to-

do está perdido. Se juzga á las mujeres por su corazón, y no por sus acciones. Vos teneis un corazón noble.

Y para animarla, añadió esta piadosa mentira:

—Ayer la duquesa de Campagnac me habló también de vos, y dijo que vendría á veros.

La moribunda sonrió con amargura.

—Decid á la duquesa de Campagnac que le estoy agradecida: decid á Genoveva que la amo; pero quiero morir! quiero morir! quiero morir!

—Porqué?

—Porqué! Y lo preguntais? Harto lo sabeis. Mi voluntad, solo mi voluntad me ha tendido en este lecho mortuario. No habeis comprendido porque vine aquí? El sentimiento del deber me obligó á abrir esta puerta que mi amor por vos había cerrado.

Faltaba la voz á la condesa. Había agotado sus fuerzas en las emociones de aquella entrevista inesperada.

—Sabedlo, amigo mio, he querido morir en mi casa, en mi dormitorio, en mi lecho. Se juzgará esto como la gente quiera. Por lo que á mí se refiere, juzgo que obro bien. Todo lo he dispuesto para mi último día. Mañana me reconciliaré con Dios. No lo creereis: mi Extrema Uncion será una verdadera fiesta.

Octavio admiraba la grandeza de la mujer, en su fragilidad misma. Perdiase en este abismo donde Dios ha señalado lo infinito; maravillábase de ese

vivo rayo de inteligencia que en toda criatura se trasluce.

—Abrid la ventana, dijo de pronto la señora de Entraygues.

El aire le faltaba; se encontraba mal. La doncella, que acechaba el instante en que podría ser útil, bañó su frente de agua helada.

—Oh! interrumpió esta; he aquí una visita que le hará mucho bien, y que le hará mucho mal.

—Adios, amigo mio, dijo la señora de Entraygues abriendo un poco sus ojos. Volverás mañana?

—Sí, volveré.

—Después de las tres, porque el cura de San Felipe de Roule, vendrá á las dos.

Octavio besó con dulzura la frente de la condesa, y se alejó con tristeza sin la esperanza de volverla á ver.

Al siguiente dia, mandó preguntar por ella. Había pasado muy mala noche, y el médico no le concedía mas que algunos dias.

Octavio no había dicho nada á Genoveva. Luego que hubo comido y entretanto llegaba la hora en que debía presentar á su mujer en las Tullerías, Octavio corrió á ver la condesa.

Por mas que estuviese muy contenta de haber comulgado, estaba mas mala que en el dia anterior; no podia respirar ni siquiera permaneciendo sentada; el médico la había llevado en un sillón frente á la chimenea, y á cada instante era indispensable abrir la ventana.

—Lo que prueba que vá á morir, dijo la doncella á Octavio, es que no pasa un minuto sin que consulte el reloj, ó pregunte la hora que es.

Y en efecto: no bien Aliza hubo levantado su mano para tenderla á Octavio, dijo con voz apagada.

—Son las nueve, no es cierto?

Miraba el reloj; pero ya no veía. Había oído como daban las horas; pero no sabía contarlas.

—Sabeis cuando moriré? dijo mirando con dulzura á Octavio.

—Morireis cuando cumpkais ochenta años.

La jóven sonrió con impaciencia.

—Moriré á las doce de la noche.

Y como en su espíritu había un fondo de burla como en el de Octavio, no pudo callarse lo siguiente, que denunciaba á la pecadora:

—Y vos no estareis aquí cuando yo echaré mi taza al mar!

## XI.

### LA ESQUELA DE DEFUNCION.

Segun habia ya dicho, la condesa de Entraygues murió á las doce de la noche.

Murió reconciliada en Dios; pero su última palabra fué para Octavio.

—Si viene mañana, le dirás que bese mis cabellos, dijo á su doncella.

El duque de Parisis volvió para ver á la moribunda.

Habia fallecido.

—Señora, dijo arrodillándose: yo os pido perdon.

Todas las amigas de Aliza, cuando Aliza pertenecía al gran mundo, recibieron la siguiente esquila:



El coronel O'NEIL y la señora MARY O'NEIL, lord LEIGHTON y lady LEIGHTON, mis LUCY y JANE LEIGHTON, tienen el honor de participar á V. la dolorosa pérdida que acaban de sufrir en la persona de la señora CONDESA DE ENTRAYGUES, ALIZA DE CHARMOY MAC-ORCHARDSON, su prima y sobrina, que falleció á los veinte y siete años en su casa de la avenida

de la Reina Hortensia, é invitan á V. para que se sirva asistir á su entierro y á los funerales que se celebrarán en la Iglesia de San Felipe del Roule, el sábado 12 de Enero, á las doce de la mañana.

*La comitiva se reunirá en la casa mortuoria.*

Segun su deseo, la señora de Entraygues habia muerto en su casa.

La comitiva se podia reunir en la casa mortuoria.

Pero el mundo no perdona nunca aun cuando uno se muere en su casa, y con todos los Sacramentos de la Iglesia.

El mundo es mas severo que Dios.

En la casa mortuoria, unicamente se reunieron tres mujeres.

La duquesa de Parisis, la marquesa de Fontaneilles y la duquesa de Campagnac.

Oraron por la difunta en San Felipe del Roule.

—Ay! exclamó la marquesa de Fontaneilles, la pobre Aliza tenia mucha razon cuando dijo: «No me disfrazaré mas de Dama de Espadas.»

—Sí, lo recuerdo, observó la duquesa de Campagnac. Cuando echamos suertes sobre el traje que debíamos usar, Aliza tuvo miedo de que la tocara el de la Dama de Espadas, y exclamó: «Peor para mí: no hay que retractarse.»

—Quien sabe, dijo la marquesa, si el traje de Dama de Copas y el de Dama de Oros nos traerán la dicha.

Las dos amigas se miraron como dos mujeres que no son felices.

—Solo Genoveva ha tenido la dicha de poner la mano sobre un buen naípe, dijo la señora de Campagnac. La Dama de Palos es la Dama de la Dicha.

—Oh! si, dijo la duquesa de Parisis; mas mi dicha es tan grande que me asusta!

## XII.

## LA ENLUTADA.

Cuando las tres grandes señoras hubieron acompañado el cadáver al cementerio, y se hubieron alejado de la tumba de la señora de Entraygues, una jóven, vestida completamente de negro, con un ancho traje de cachemira y el rostro oculto en un velo doble, se arrodilló y oró por mucho tiempo.

Eran las dos: sombrías nubes se cernian sobre el cementerio del Padre Lachaise y algunas gotas empezaron á caer sobre la enlutada, que siguió allí sin que levantara su cabeza.

Habia oido, oculta detrás de un monumento cinerario, la oracion fúnebre de las tres amigas de la señora de Entraygues.

—Ignoran, dijo la jóven, que los estravios del amor no están muy léjos de la virtud.

Y contemplando la fosa, que quizá aguardaba una losa de mármol, ó quizá no aguardaba mas que la yerba de los cementerios, murmuró:

—Pobre mujer!

Y despues, llevando su mano al corazon, añadió:

—Pobre jóven!